

**Dr. Edgar Allan Abreu Olivo
(1944-Por siempre)**

**Investigador y Co-fundador del Centro de Investigaciones
Agroalimentarias CIAAL y de la Revista Agroalimentaria**

Han pasado muchos días desde que Edgar no está entre nosotros. Fue el 15 de agosto del año 2011 que tuvimos que decirle «*basta la vista*». Aún hoy, no estamos en capacidad de pensar en él conjugando su vida en pasado, ni de hacernos la idea de una imagen suya intangible y sin palabra nueva que agregar... Aún hoy y... de todas maneras, es deber y deseamos hablar desde nuestra institución para hacerle saber al mundo académico y a los amigos que el alba de ese día, la Blanca, como dirían los españoles, se llevó a nuestro querido Edgar. Tal vez podemos comenzar con Andrés Eloy Blanco y tomar los trazos de su poema *LA ÓRBITA DEL AGUA*, para escribir, con el auxilio de su verbo,

*Vamos a embarcar, amigos,
para el viaje de la gota de agua.
Es una gota, apenas, como el ojo de un pájaro.
Para nosotros no es sino un punto,
una semilla de luz,
una semilla de agua,
la mitad de lágrima de una sonrisa,
pero le cabe el cielo.*

*Vamos a seguir, amigos,
la órbita de la gota de agua:
De la cresta de una ola salta,
con el vapor de la mañana;
sube a la costa de una nube
insular en el cielo,
blanca, como una playa;
viaja hacia el Occidente,
llueve en el pico de una montaña,
abrillanta las hojas,
esmalta los retoños,
rueda en una quebrada,*

*se sazona en el jugo de las frutas caídas,
brinca en las cataratas,
desemboca en el Río, va corriendo hacia el Este,
corta en dos la sabana
hace piruetas en los remolinos
y en los anchos remansos se dilata como la pupila de un gato,
sigue hacia el Este en la marea baja,
llega al mar, a la cresta de su ola
y hemos llegado, amigos... Volveremos mañana.*

Está como escrito para nosotros, este poema de Andrés Eloy... Como si le hubiésemos hecho un encargo personal... Porque Edgar se fue, rodeado de mar y apuntalado por sus grandes afectos; pero seguía anclado en estas montañas emeritenses donde vino a parar, hace poco más de veinte años, justo para trabajar en un proyecto intelectual que era, en realidad, un proyecto de vida. Anclado también estuvo su cavilar entre los bordes de la sabana y la montaña, allí, en Yaracuy, donde sembró su curiosidad, siempre inacabada, por hurgar en las razones con las que el ser y la historia modelan la cultura y la sociedad, a través del alimento.

Era él como esa gota de agua, esencial, sustantivo, constructor vital, colocando su pensamiento y su esfuerzo comprometido en cada paso, en cada propósito, en cada sueño, porque, como él decía:

*«Si el proyecto no nos emociona, si no nos inspira, nada será;
el proyecto tiene que emocionar hasta mojar nos los ojos»...*

Así hablaba Edgar, cuando comenzó a idear, junto con Alejandro Gutiérrez S. y acompañado por algunos de nosotros, este esfuerzo institucional al que hoy llamamos CIAAL, que fue emprendido y flanqueado con el patrocinio de dos instituciones: la Universidad de Los Andes y la Fundación Polar (hoy Fundación Empresas Polar); y ampliado y enriquecido con la presencia de nuevos compañeros, muchos de los cuales se han venido formando con nosotros y se han sumado a nuestro grupo de trabajo. Desde aquel momento inicial, en 1989, caminaron de uno a otro lado sus proposiciones, sus emocionadas ideas, sus rigurosas exigencias intelectuales, sus minuciosas correcciones, su compartir cabal con un equipo en el que creía y su vida, en gran medida dedicada a un país al que tanto amaba. Así, nacieron libros, artículos, ideas, revistas, centros y espacios para pensar, pero sobre todo, tomó forma su mayor y más viva convicción: Apostaba, por una parte, por nuestros jóvenes estudiantes, por nuestros asistentes de investigación, por los profesores que comienzan... Allí estaba para él, el origen y el futuro del pensar intelectual de Venezuela, la semilla y el fruto, la raíz y la savia, la esperanza y la levadura. Y sí, para él, allí estaba el origen del pensar... en alimentar bien a todos los venezolanos, todos los días, se hallaba un fin hermoso para darle sentido a la búsqueda de un futuro mejor y para darle sentido, como dijimos antes, a un proyecto de vida... Como lo dejó relatado con su propia pluma, hace unos pocos meses,

«Mucho camino andamos juntos en el pasado, por años, para contribuir con nuestro país en la clarificación de la realidad agroalimentaria nacional, y la concepción colectiva de propuestas para avanzar. Lo hicimos como equipo, respetándonos mutuamente, queriéndonos, apoyándonos... y crecimos juntos...y creció nuestro orgullo y satisfacción por la obra realizada».

... Ese proyecto sigue asumido y compartido por nosotros, Edgar; y dispondremos lo mejor de nuestras manos y de nuestro corazón, para que sigan resonando, como campana de domingo, tus ideales, siempre posibles, que seguirán perdurando en el silbido del aire, en el rumor de la ola que te cobija. Y, mientras seguimos, desde aquí, desde éste, tu lugar, con Andrés Eloy sólo nos queda decirte...*¡Nos vemos mañana!*

Luisa Elena Molina

